

jetan. De todo lo cual consta la diferencia que hay de las virtudes á los dones.

DECLARACION DE LOS FRUTOS DEL ESPIRITU
SANTO.

P. *Qué son los frutos del Espíritu Santo?*

R. *Lo mas suave, último y perfecto de las virtudes.*

Así como los frutos en un árbol son su último resultado, es decir, lo mas suave y perfecto que puede producir, de manera que ya no le queda mas que dar; del mismo modo estas virtudes, que se llaman *frutos del Espíritu Santo*, se producen con su divina influencia, y vienen á ser como resultado de sus siete dones, y lo último de toda su potencia, hasta donde puede alcanzar en el alma este bellissimo árbol. Así lo confiesan todos los que han experimentado estos frutos suavísimos, deleitables y gustosos, por los que el alma queda enriquecida; y para formarlos y producirlos, nos ayuda el Espíritu Santo con su gracia, haciendo en ellos mas que nosotros, siendo esta la causa de llamarse frutos del Espíritu Santo y no del hombre. De estas virtudes, unas perfeccionan al hombre en lo interior, y otras en lo exterior; unas miran á Dios, otras á nosotros mismos, y otras son en orden á nuestros prójimos; pero todas ellas de tal perfeccion y excelencia, ya reunidas ó ya cada una de por sí, que justamente se han llamado lo mas suave, último y perfecto de las virtudes.

DECLARACION DE LAS BIENAVENTURANZAS.

P. *Qué cosa son las bienaventuranzas?*

R. *Las mejores obras de las virtudes y dones del Espíritu Santo.*

Siendo la bienaventuranza el último fin á que anhela la vida racional y cristiana, es preciso confesar que las obras que gozan de este alto nombre, son entre todas las humanas las mas puras y perfectas que proceden de todas las virtudes y de todos los maravillosos dones, que el divino y supremo Espíritu comunica á los fieles hijos de Jesucristo por el bautismo. Estas ocho obras ó heróicas acciones, escogió nuestro Redentor entre todo el tesoro de virtudes que depositaba en su alma, cuando en aquel celebrado sermón que hizo en el monte, las predicó y enseñó á sus discípulos y á todos los demas que le seguian, para perfeccionarlos y elevarlos á la mas segura senda que habian de seguir en la ley evangélica; pues son estas virtudes el epilogo y compendio de toda la perfeccion cristiana. Por otra parte, como los que las poseen logran el derecho próximo á ser bienaventurados, y están ya como en los umbrales y pórticos de la eterna felicidad y bienaventuranza, por eso á estas virtudes las llamó con soberano misterio el Señor, *bienaventuranzas*, para enseñarnos á que escogiésemos estas obras, como lo mas acendrado y perfecto de la vida cristiana.

- P. *Por qué se llaman así las bienaventuranzas?*
 R. *Porque en ellas consiste la de esta vida y la esperanza de la otra.*

Decíamos arriba, que los que practican estas virtudes, llamadas *bienaventuranzas*, estaban ya como en el umbral de la eterna felicidad; y en efecto, quien las posee puede decirse que ya es bienaventurado en esta vida, pues goza de la felicidad de una vida cristiana y perfecta. Además, como las obras que nos conducen á este estado, todas son grandiosas y heróicas, bien puede decirse, que aunque sin pasar de los términos de esperanza, con grande y bien fundada firmeza, puede ya reputarse el que las ejercita, como bienaventurado; tanto mas, cuanto que estas obras nos apartan enteramente de todos aquellos falsos dictámenes de los enemigos de nuestra alma, que nos conducen por el ancho camino de la perdición.

- P. *Quiénes son los pobres de espíritu?*
 R. *Los que ya no quieren honras, ni riquezas, ni aun moderadas.*

Entre todas las bienaventuranzas, puso Cristo por primera á esta *pobreza de espíritu*, á este desasimiento y menosprecio de todas las cosas, tratándolas y reputándolas como á estiércol, segun la expresion de San Pablo, para enseñarnos á quitar el estorbo principal que hay para conseguir la salvacion, que son las riquezas; dejándonos desembarazados para correr en pos y seguimiento suyo. Esta fué la razon porque nuestro divino Maestro la puso por primer fundamento de su apostolado; siendo tambien la pri-

mera grada para conseguir las demas bienaventuranzas: pues al que ama la pobreza y lo ha renunciado todo por Cristo, le es fácil ser manso, humilde y modesto; este llora fácilmente sus culpas y las ofensas contra Dios; sacrificase gustoso por la justicia; tiene sin dificultad compasion y misericordia en las ajenas miserias; hállase con limpieza de corazon, y sin repugnancia conserva en medio de las turbulencias de este siglo, una tranquilidad y paz grande en su ánimo, sin hacer caso de las cosas caducas y percederas de este mundo. Por eso, repetimos, la puso Cristo por base de las demas bienaventuranzas; para enseñarnos la grande estima y aprecio que de ella debemos hacer.

- P. *Quiénes son los mansos?*
 R. *Los que ya no tienen ira, ni aun casi movimiento de ella.*

Los *mansos* pueden llamarse aquellos, tan conformes en la razon, que aunque se les ofrezcan ocasiones de disgusto, ni se enojan, ni sienten movimientos de ira, reprimiendo el ardor que nos incita á vengarnos de quien nos ha ofendido, nos injuria, ó nos quiere agraviar. Son, pues, los mansos, aquellos que siendo provocados, no hacen mal, ni meditan hacerlo, y en esto está la verdadera mansedumbre, que consiste en no volver mal por mal, sino bien por el daño que se nos hace, haciéndonos esta virtud y tratado amables á Dios y á los hombres. Sin embargo, debemos advertir, que para que esta virtud nos haga bienaventurados, no basta que ella sea moral, como la tuvieron aun algunos filósofos paganos, sino que

se toleren las injurias y se lleven en paciencia, por obedecer á Jesucristo que así lo ordenó, y que este vencimiento además, vaya animado del puro amor de Dios; de manera, que no solo sea virtud cristiana, sino al mismo tiempo heroica, apeteciendo las injurias por espíritu de humildad, y considerándolas como provechosas á nuestro bien espiritual, en cuanto toleradas por amor del Señor. Esta es propiamente la virtud de la que aquí tratamos, porque ésta verdaderamente hace al hombre manso con perfeccion.

P. *Cómo poseen la tierra?*

R. *Como señores de sí mismos.*

Manifiéstase en estas palabras el premio que el Señor tiene preparado para los varones mansos. Estos, dice, *poseerán la tierra*; pues logrando con esta virtud tener valor para no airarse, ni encenderse en enojo, quedan siempre dueños de todas sus acciones, y al mismo tiempo lo poseen todo, vencéndolo con mansedumbre, no causándoles turbacion cosa alguna terrena, antes obrando en todo con maduro consejo y prudencia, venciendo sus pasiones, y haciéndose dueños de todo. Es ésta una de las razones por donde se verifica que éstos poseen la tierra; porque la habitan con quietud, teniendo en sí gran tranquilidad, sin que basten todas las injurias á perturbar la paz de sus conciencias: porque mostrándose humildes, á todos obsequian reverentes, sin desdeñarse de sujetarse á otros, aunque sean inferiores; así como los ángeles siendo tan nobles, no se desdeñan de asistir, dirigir y ayudar á los hombres, por bajos é ínfimos que sean.

P. *Quiénes son los que lloran?*

R. *Los que dejan los placeres aun moderados.*

Por los que lloran, y á quienes Jesucristo llama bienaventurados, se entiende aquellos que considerando sus miserias y pecados, y las tristes consecuencias que de estos se siguen, como son la ofensa hecha á Dios, la pérdida de la gloria y penas del infierno, se duelen de haberlos cometido, derraman amargas lágrimas, especialmente por el Señor á quien han ofendido, que es la suma bondad y digno de ser amado, y proponen firmemente mortificarse, apartándose de todos aquellos placeres, en que pueden hallar ocasion de pecado, aborreciendo aun los mas moderados. Este espíritu de penitencia con el que sujetamos los ardientes movimientos de la carne, con que gemimos por nuestros pecados, y suspiramos al vernos desterrados de la patria celestial, es el que nos hace bienaventurados; y mucho mas, si nuestras lágrimas son nacidas de la devocion espiritual, como de la contemplacion de las virtudes de nuestro Salvador, de sus trabajos y dolores, su afrentosa passion y muerte. Encendida entonces en amor de tan grande Señor nuestra alma, llora amargamente todas sus caidas, aborrece y deja los placeres aun moderados, y solo desea unirse al eterno bien.

P. *Quiénes son los que tienen hambre y sed de justicia?*

R. *Los que hacen con ansia el deber en todo.*

La cuarta bienaventuranza es *tener hambre y sed de justicia*, esto es, desear con una ejecucion semejante á la que produce en el cuerpo la falta de alimento ó

bebida, practicar todo género de virtud, y todo lo que debe obrar y obra el alma justa. Porque debe advertirse, que cuando Cristo habló de los que tienen hambre y sed de justicia, por esta palabra *justicia* se ha de entender la virtud y la cristiana perfeccion: y los que tienen vehemente deseo de adquirirla, éstos son á quienes llama el Señor bienaventurados, porque en los empleos en que se hallan, y en los oficios que ejercen, procuran con todo afecto hacer aquello que les toca, en cumplimiento de su obligacion y servicio del Altísimo, dando á cada uno lo que segun la ley y la justicia le toca, solicitando emplearse en provecho de sus prójimos, empeñándose con gusto en practicar las diligencias necesarias, sin omitir alguna de las que prudentemente juzgan que deben ejecutar, deseando siempre ir creciendo en las virtudes, con hambre de todas ellas. Estos son los que verdaderamente se puede decir que tienen hambre y sed de justicia; y por lo mismo hacen el deber en todo, esto es, hacen en todo caso cuanto les corresponde hacer.

P. *Quiénes son los misericordiosos?*

R. *Los muy piadosos aun con los extraños.*

Por los *misericordiosos* entiende aquí Cristo, á los que tienen compasion de sus prójimos, y en sus necesidades se conduelen y las remedian, ayudándolos con su consejo, ó con sus limosnas, ejercitando con ellos todo lo que es piedad y misericordia, en cualquier género, extendiéndose ésta á todos, hasta con los extraños, cuando la necesidad lo pidiese. Porque aunque el órden de la caridad pida empezar por

las personas propias; muchas veces á esta accion le mueven mas que la piedad, el afecto y la sangre. Así, para que sea heróica esta virtud, se ha de ejecutar con todos, amigos y enemigos, propios y extraños, y en todo género de necesidades, corporales y espirituales, ejercitándola desinteresadamente, sin esperar de ellos retribucion, pues lo demas fuera mercancía y no misericordia. Para alcanzar esta virtud, aunque no se tenga con que hacer limosna, basta desear eficazmente poder hacerla, y este vivo deseo hace ser misericordioso; aunque si se puede, se ha de ejercitar esta misericordia con obras, y no ha de quedar en solos deseos, sino pasar á dar fruto siendo obrador de estas misericordias, como lo enseñaba Santiago. De estos misericordiosos, pues, es de quienes se habla en esta quinta bienaventuranza.

P. *Quiénes son los limpios de corazon?*

R. *Los que son en todo mortificados en sus pasiones.*

Limpios de corazon, son aquellos que viven tan ajustados á la divina ley, que habiendo dado de mano á todos los vicios, solicitan vigilantes que todas sus acciones sean enderezadas al amor de Dios y del prójimo, apartando de sí toda falacia y fraude, y cuanto pueda manchar su pureza; huyendo no solo de los pecados mortales, sino tambien de los veniales, procurando evitarlos en cuanto les sea posible, trabajando por tener una conciencia pura, limpia, llena de santas obras: segregando todo doblez de su corazon, no poniendo el cuidado en el aseo exterior del cuerpo, sino en la pureza del alma, y limpieza de su corazon: entendiéndose aquí por la palabra cora-

zon, el alma con todas sus potencias. En estando, pues, todas estas limpias, entonces gozan los cristianos del glorioso título que aquí les da el Salvador, de bienaventurados; y verdaderamente se llamarán limpios de corazón, porque en todo tienen mortificadas sus pasiones.

P. *Quiénes son los pacíficos?*

R. *Los obradores de paz en sí y en otros.*

Los verdaderos *pacíficos* son aquellos, que no solamente dentro de sí tienen paz, conservando la amistad de Dios, sino que la procuran también para los demás, induciendo á todos, en cuanto es posible, á que tengan verdadera paz entre sí, ayudándolos para que vivan en servicio de Dios. Pero esta no es una prerogativa de los justos ordinarios, sino únicamente de los que lo son en grado heroico, que tienen ya mortificadas y sujetas las pasiones, haciéndolas á todas obedecer á la razón y á la ley divina, así como el obediente hijo se gobierna por su padre. Por esto en todo acontecimiento se conservan iguales, contentos y afables, sin inmutarse en los sucesos prósperos y adversos, ni perturbarse por las sugestiones diabólicas, porque ni aquellos les hacen perder la tranquilidad, ni éstas la paz del alma, siempre humilde, siempre subordinada al querer divino, y con una grande prontitud para ejecutar lo que Dios les ordenare. Así es como son obradores de paz en sí y en otros.

P. *Quiénes son los que padecen por la justicia y virtud?*

R. *Los que están firmes en ella, aunque por esto sean perseguidos.*

Los comprendidos en esta bienaventuranza, son todos aquellos que son maltratados ó perseguidos, por hacer lo que les toca en todo género de virtud, guardando justicia y cumpliendo cada uno su obligación. De suerte, que como nuestro divino Redentor fué perseguido, así también lo son sus hijos y discípulos, que le siguen y ejecutan sus mandatos y consejos: y éstos son los que *padecen por la justicia*: siendo este padecer y sufrir la mayor prueba de su perfección. El sufrir con ánimo constante calumnias, asechanzas, maquinaciones, murmuraciones, y todo género de persecución, por portarse como buen cristiano y leal á su Redentor, es la suma de todas las bienaventuranzas. El perder, por conseguir á Jesucristo, descanso, hacienda, reputación, y aun la misma vida, es el compendio de todas las dichas y bienaventuranzas. De éstos, pues, se dice en el Evangelio, que es el reino de los cielos.

DEL EXAMEN Y DEVOCIONES AL ACOSTARSE
Y LEVANTARSE.

¶ *Siendo tan claro lo que se contiene en esta última adición al catecismo del padre Ripalda, y habiendo expuesto, tratando del sacramento de la penitencia, lo concerniente á la CONTRICION Y ATRICION, lo hemos insertado, solo para que nada falte á nuestro catecismo, absteniéndonos de toda explicación en la primera parte, por innecesaria; y en la segunda, por no repetir lo que ya se tiene dicho. ¶*

CONCLUSION.

Hemos terminado la explicacion de la doctrina cristiana, conforme la expuso el padre Ripalda, acomodándonos á la inteligencia de la niñez, y no teniendo otro objeto que ayudar y facilitar su enseñanza á los padres de familia y maestros de las escuelas. No hemos escrito para los sábios, antes conociendo lo mucho que nos falta para haber llenado enteramente nuestro plan, exhortamos á todos á la asistencia á las pláticas doctrinales de los curas párrocos, en las que recibirán una total instruccion.

Como hijos obedientes de nuestra madre la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, sujetamos á ella rendidamente este nuestro corto trabajo, concluyendo con recomendar á nuestros lectores con el apóstol San Pablo, que guarden el depósito de esta doctrina en los senos de su corazon, para que conociendo bien lo que deben creer, comprendiendo lo que deben esperar y pedir, ajustando su vida á los mandamientos que deben guardar, y recibiendo la gracia por medio de los sacramentos que nos santifican, amemos á Dios Nuestro Señor, seamos misericordiosos con los prójimos, hagamos la guerra á nuestras pasiones y apetitos, resistamos á los enemigos de nuestra alma, y practicando las virtudes y mereciendo ser llenos de los dones del Espíritu Santo, consigamos ser felices en esta vida transitoria, y bienaventurados en la eterna, en la que gocemos á Dios en su gloria. Así sea.

AVISOS EVANGELICOS

Sobre la necesidad de contrariar las cuatro principales pasiones, EL ORGULLO, LA CODICIA, LA SENSUALIDAD Y LA CÓLERA, que mas afectan al corazon humano, y son el escollo de la virtud.

Orgullo. Esta es la mas injusta y mas funesta de todas las pasiones, y sin embargo, es la mas natural al hombre: ninguno de ellos se halla enteramente exento de él. Esta es la sola pasion, entre todas, que el hombre aborrece y condena en todos los demas hombres, al paso que siempre la aprueba en sí mismo.

Para curar al hombre de esta pasion, era desde luego necesario hacerle conocer su injusticia; y veamos cómo Jesucristo ha procedido.

Declara y prueba á los hombres, que ellos nada tienen, ni pueden por sí mismos, si Dios no les presta su ayuda, ó como autor de la naturaleza ó como autor de la gracia. “¿Quién de vosotros, dice en un pasage, puede á fuerza de pensar, añadir un codo á su estatura?” Y en otro: “Vosotros no podeis volver blanco ó negro un solo cabello de vuestra cabeza.” Como si les dijera: ¡O presuntuosos mortales, que tan temerariamente confiais en vuestras pretendidas fuerzas, y que os prevaleis de ellas tan insolentemente! ¡En qué pensais! ¡Puede, por ventura, alguno de vosotros levantar un codo á su altura? ¡Qué digo! Cualquiera de vosotros ¡puede siquiera mudar el color de uno de sus cabellos? ¡Eh! Y ¡cómo podriais añadir á vuestro cuerpo un miembro, ó un sentido mas? Y si no podeis hacer en vuestro cuerpo la mas ligera mudanza, ni darle la mas mínima perfeccion que

le falte, ¿cómo podríais mudar vuestra alma, sea enriqueciéndola con alguna nueva facultad, sea dando á sus facultades mayor extension, ó el menor grado de perfeccion? Tal es el razonamiento que encierran las palabras de Jesucristo, que se acaban de referir: palabras que dan un terrible golpe al orgullo humano; pero era necesario alguna cosa mas para abatir este monstruo. El hombre es libre, y sabe que lo es; y lo sabe, porque lo conoce. Sobre ello se persuade á que no tiene necesidad de nadie, sino de sí mismo, para ser bueno ó malo: á que no debe la virtud sino á sí mismo, y á que no la tiene sino por sí mismo: á que le es tan fácil levantarse de sus caidas, como caer, y pasar del vicio á la virtud y de la virtud al vicio. Es un error del hombre el pensar así, y este error le es tanto mas funesto, cuanto le es mas agradable y lisonjero. Jesucristo lo desengaña por estas palabras, que jamas meditarémos bastantemente: “Como el sarmiento de la viña no podria llevar fruto por sí mismo “si no estuviera unido á la cepa, así vosotros no podeis “llevar ninguno si no permanecéis en mí. Yo soy la “cepa de la viña, y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y aquel en quien permanezco, lleva mucho fruto: pero vosotros no podeis nada sin mí;” esto es, nada útil á la salvacion, nada que sea meritorio para la vida eterna, nada grande, nada pequeño; y en fin, nada, como lo observa San Agustin, porque quien dice nada, todo lo excluye. Y en el capítulo octavo del mismo Evangelio, se ve, que habiendo Jesucristo pronunciado estas palabras: “Si permanecéis en mi palabra, sereis verdaderamente discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la “verdad os hará libres.” Como percibió que los judíos murmuraban contra él, como si los hubiera tratado de esclavos, les dijo: “En verdad os digo, que cualquiera “que comete el pecado, es esclavo del pecado;” y añadió: “Si el Hijo de Dios, os pone en libertad, sereis verdaderamente libres.”

El hombre, pues, no puede sin la gracia de Jesucristo, ni libertarse de la esclavitud del pecado, ni practicar virtud alguna, á lo menos de un modo útil á la salvacion; porque el hombre puede, sin el socorro de la gracia, hacer acciones moralmente buenas, y tener tambien algunas virtudes morales; pero fuera de que lo que él puede en este género, no sirve de nada para el cielo, lo que puede en este género no es gran cosa, y eso poco todavía se lo debe á Dios, como autor de la naturaleza, mucho mas que á él.

De este modo, Jesucristo ha hecho conocer á los hombres la injusticia y la locura de su orgullo; y para contrariarlo les aconseja: “Cuando fueres convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya “allí otro convidado mas honrado que tú.... Pero “cuando fueres llamado, ve y siéntate en el último puesto. “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, “y encontrareis el descanso de vuestras almas. ¿Sabeis “lo que yo acabo de hacer? Vosotros me llamais Maestro y Señor; y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, “el Señor y el Maestro, os he lavado los piés, vosotros “tambien debeis lavar los piés los unos á los otros.”

Codicia. De nada le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma. Jesucristo, para hacer conocer á sus discípulos, y en ellos á todos los demas hombres, la fuerza de esta verdad, les dijo: “No hagais tesoros en donde hay ladrones que desentieran y roban. Haced tesoros en el cielo, donde no hay ni polilla, ni orin que pueda comer, ni ladrones que puedan desenterrar ni robar.”

El que quiera gustar de los bienes invisibles, es preciso que abandone los terrestres y sensibles: dos amores encontrados, jamas han existido juntos en nuestro corazón: no se puede obedecer juntamente á la ley de la carne y á la del espíritu: la caridad es incompatible con la con-

cupiscencia. Como la prosperidad nos une excesivamente á los bienes temporales, se sigue de aquí que nos separa de los eternos. Al que se halla en la prosperidad, es en vano hablarle de la inestabilidad de los bienes sensibles: esa dicha, esa felicidad que él goza, le embarazará rendirse á la verdad: dígamele que el mundo es un amo injusto, traidor y pérfido, que no acaricia sino para engañar y seducir; el no lo creerá, porque solo experimenta dulzuras y consolaciones: háblesele de la felicidad del justo, de la paz de una buena conciencia, de los bienes que están reservados en la eternidad, todo esto nada le mueve: sus sentidos le arrebatan toda la atención, y los deleites que disfruta en la tierra, le impiden que suspire por la felicidad del cielo.

Qué ciegos, pues, y qué insensatos somos, cuando estimamos un estado peligroso para la salvacion, reprobado por el mismo Jesucristo y opuesto á sus divinas máximas. Buscamos lo que nos aparta de Dios, lo que nos hace olvidar su ley y lo que nos hace insensibles á la felicidad eterna. Instruidos desde hoy mejor en los peligros de la prosperidad, evitemos el dejarnos seducir de su vano esplendor; despreciemos los bienes caducos, y no estimemos las cosas sino con respecto á la eternidad.

Sensualidad. Esta, ó si se quiere, aquella inclinacion natural que arrastra á todos los hombres á buscar los placeres de los sentidos, y á hacer consistir su felicidad en semejantes placeres: inclinacion violenta, á la cual mueve la primera vista del objeto poderosamente, á la cual enciende mas y mas la reflexion, á quien el mas pequeño recuerdo despierta: que turba la razon, que viene á parar en una especie de furor y frenesí, que obliga al hombre á hacerse la mas terrible violencia para resistirla; y que una vez abandonado á ella, casi no es ya dueño de sí mismo.

Para empeñarnos á resistir esta pasion, Jesucristo de-

elara desde luego: "Que el reino de los cielos padece fuerza, y los que hacen fuerza lo arrebatan," esto es, aquellos que resisten vigorosamente á la inclinacion de la naturaleza. "El nos exhorta á entrar por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y muchos son los que entran por ella." Seguidamente nos advierte, "que tengamos cuidado con nosotros, no sea que nuestros corazones se hagan pedazos con el exceso de las viandas y del vino." Y nos da en estas palabras el precepto de la templanza. A este precepto añade tambien el de la penitencia; precepto que dirige á todos los hombres sin excepcion, por justos que sean; pero precepto, sin embargo, mas rigoroso para los pecadores, que para los justos; para aquellos que han cometido grandes crímenes, que para los que solo han cometido faltas ligeras. En fin, para grabar mas profundamante estos preceptos en nuestro entendimiento y nuestros corazones, Jesucristo nos representa en una terrible parábola al rico malo, condenado á los tormentos del infierno, por haber pasado su vida entregado al lujo y á la glotonería.

En fin, Jesucristo ha dado, por decirlo así, el último golpe á la pasion de que hablamos. Primero: Reduciendo á los hombres á la necesidad de elegir, ó el matrimonio ó la absoluta castidad, por estas palabras: "Pues yo os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una muger para codiciarla ya cometió adulterio en su corazón con ella." Segundo: Luego queriendo que el matrimonio volviese á los términos de su primera institucion, derogando la poligamia y el divorcio, tolerados el uno y la otra hasta allí, ha elevado todavia este contrato, tan venerable ya á los ojos de los que saben pensar, á la augusta dignidad de sacramento, á fin de que los esposos aprendiesen á respetarse mutuamente, á mirar su estado como santo, á tener presente que ellos son los in-

trumentos y los ministros de la Providencia divina, que ha querido hacer nacer los hombres los unos de los otros para unirlos á todos con vínculos los mas dulces y mas estrechos, y á no apartarse jamas del fin que ella se propuso uniéndolos entre sí.

Cólera. "Habeis oido que fué dicho, dijo Jesucristo á sus discípulos, ojo por ojo y diente por diente. Mas yo os digo, que no os resistais al mal: antes si alguno te hiere en la megilla derecha, párale tambien la otra. Y aquel que quiera pleitear contigo y llevarte la túnica, suéltale tambien la capa. Y si alguno te precisare á ir mil pasos, ve con él otros dos mil mas." Jesucristo, para reprimir la cólera, ha mandado desde luego á los hombres que sofoquen hasta los menores movimientos de esta furiosa pasion. Les ha mandado que perdonen sinceramente y de todo corazon, cuantas injurias hayan recibido. Los ha obligado á amar á sus enemigos, á pedir por ellos y á que les hagan bien.

Tales son los preceptos que Jesucristo ha dado á los hombres para que repriman las cuatro pasiones principales; estas pasiones terribles y poderosas, que bien pueden llamarse los cuatro grandes resortes, que todo lo remueven en el mundo moral; que son los manantiales emponzoñados de todos los crímenes que los hombres cometen, y de todos los males que sufren, y los que hasta ahora han desterrado del mundo la inocencia y la paz, y con ellas toda dicha verdadera.

INDICE.

Prólogo	III
Texto de la doctrina cristiana	VII
PIMERA PARTE DE IDEM.—Nombre y señal del cristiano.	1
Declaracion del credo, su explicacion	26
—De los artículos de la fé.	46
Historia de cuatro mil años del mundo	82
—De Jesucristo desde su venida al mundo hasta su subida á los cielos	90
SEGUNDA PARTE.—Declaracion del Padre nuestro, su explicacion.	128
—Del Ave María y la Salve.	168
TERCERA PARTE.—Mandamientos de la ley de Dios.	
Declaracion del primer mandamiento, su explicacion.	180
—Del segundo	201
—Del tercero	217
Preámbulo á los otros siete mandamientos	233
Declaracion del cuarto mandamiento, su explicacion.	238
—Del quinto	270
—Del sexto	285
—Del sétimo	300
—Del octavo	312
—Del noveno y décimo	327